
LA EVOLUCIÓN DE LA ESTRATEGIA NUCLEAR (1939-2014)

Precisamente a principios de 1939, pocos meses antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial con la invasión de Polonia, investigadores del Instituto de Química Kaiser Guillermo de Berlín consiguen llevar a cabo la primera reacción en cadena de fusión nuclear; en su caso, la ruptura de un núcleo de uranio mediante su bombardeo con neutrones y consiguiente liberación de una sorprendente cantidad de energía. Cuando arrancó la contienda, los laboratorios de las principales potencias empezaron a trabajar para desarrollar esta tecnología. En este contexto, un grupo de investigadores liderados por el físico Albert Einstein se dirigieron al presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt para que empleara *el poder del átomo* para desarrollar un nuevo tipo de arma antes de que Hitler tomara la iniciativa.

En julio de 1945, Estados Unidos realizó el primer ensayo atómico en el desierto de Nuevo México. Pocas semanas después, lanzaba sendos artefactos sobre Hiroshima y Nagasaki. La devastación provocada por el arma absoluta convirtió en irrelevante y obsoletos los arsenales existentes y alteró cualquier equilibrio entre los fines del estado y los medios militares que este podía emplear para la guerra. En consecuencia, la bomba nuclear se convirtió en una herramienta política que condicionaría las relaciones internacionales entre 1945 y 1991, puesto que su posesión garantizó la disuasión y evitó un enfrentamiento bélico directo entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

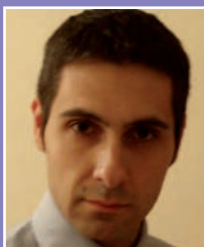
Los orígenes de la estrategia nuclear están vinculados con las teorías del poder aéreo desarrolladas duran-

te la etapa de entreguerras e implementadas en la Segunda Guerra Mundial¹. Aunque esta contienda demostró que tales proclamas eran exageradas –las campañas de bombardeos sobre Alemania y Japón perturbaron el funcionamiento de ambos países pero no lograron su capitulación– tras observar la devastación causada por las primeras bombas atómicas, los estrategias occidentales concluyeron que estos artefactos eran lo que necesitaba el poder aéreo para conseguir sus aspiraciones. Y al estimar que el arma nuclear era un medio para lograr los fines del bombardeo estratégico, no se desarrolló ninguna doctrina de empleo específica para estos ingenios².

En el plano práctico, entre 1945 y 1949 Estados Unidos gozó del monopolio nuclear y mantuvo su superioridad frente a la Unión Soviética y China en número y calidad de sus bombarderos. Ello le garantizaba la supremacía estratégica en caso de conflicto, por lo que el armamento atómico se integró en los planes de contingencia de Washington. Paradójicamente, la Unión Soviética pareció mostrar una gran indiferencia respecto

al potencial de esta nueva arma a pesar de que Moscú había iniciado su programa nuclear cuando descubrió el proyecto atómico norteamericano. Formalmente confiado en el poder de su vasto ejército y el declive del capitalismo, Moscú mantuvo intacta su estrategia convencional para invadir Europa en caso de desatarse una Tercera Guerra Mundial, a la vez que apoyaba los movimientos comunistas alrededor del globo.

Cuando en 1949 la Unión Soviética detonó su primera arma atómica, Estados Unidos constató que ne-



Guillem Colom Piella

*Doctor en Seguridad
Internacional*



cesitaba adaptar su estrategia nuclear al nuevo escenario que se acababa de imponer. Por un lado, para conservar su superioridad atómica, aceleró el desarrollo de los ingenios termonucleares, mucho más devastadores que los artefactos de fisión. Y por otro lado, ante la imposibilidad de frenar la expansión del comunismo, construyó una fuerza convencional capaz de medirse con el ejército rojo y garantizar la seguridad de los aliados europeos y asiáticos, Washington planteó una nueva estrategia de empleo del arma nuclear: la represalia masiva, que ofrecía una disuasión fuerte con un coste político, estratégico, militar y económico aceptable³.

REPRESALIA MASIVA

Definida en 1954 por el Secretario de Estado John Foster Dulles, la represalia masiva comportaría *...una respuesta instantánea en cualquier punto del planeta y con todos los medios disponibles...* frente a cualquier agresión enemiga. La determi-

nación estadounidense por responder de forma desproporcionada debería disuadir a la Unión Soviética de iniciar cualquier acción armada, puesto que cualquier provocación – por muy limitada que fuera – supondría una respuesta nuclear total. Esta doctrina debería permitir a Washington reducir el gasto en defensa sin descuidar los compromisos con sus aliados, ya que cualquier acción limitada soviética en el continente europeo o asiático desataría una respuesta nuclear.

Los aliados de Washington acogieron con gran satisfacción esta iniciativa porque vinculaba su seguridad nacional al paraguas nuclear norteamericano. Sin embargo, eran muchos los estrategas estadounidenses que recelaban de las implicaciones de la represalia masiva para su propia seguridad, pues a causa de una crisis limitada en Europa podrían verse envueltos en una guerra nuclear total⁴.

Sin embargo, la detonación del primer artefacto termonuclear soviético en 1955, el lanzamiento de su primer satélite artificial en

1957, el despliegue de su primer Misil Intercontinental en 1959 y la revelación de su estrategia militar en 1962 convirtieron esta doctrina en obsoleta, puesto que en ese preciso instante Moscú no sólo disponía de la tecnología y los medios para lanzar armas atómicas a distancias intercontinentales, sino que sus estrategias militares creían firmemente que su país podía ganar una guerra nuclear contra Estados Unidos. Ello significaba que la Moscú ya estaba en condiciones para realizar un ataque con misiles contra Estados Unidos, para el cual no existía ninguna defensa y cuya única respuesta posible era un contraataque nuclear.

En conclusión, la represalia masiva tuvo una limitada efectividad práctica. Y es que por un lado, la amenaza de responder de forma desproporcionada a cualquier agresión soviética era difícilmente creíble y paralizaba cualquier acción diplomática. Por otro lado, una vez Moscú desplegó los primeros misiles capaces de alcanzar Norteamérica, se observó que la acción más racional para evitar cualquier represalia masiva era realizar un ataque nuclear preventivo contra Estados Unidos para acabar con su arsenal nuclear e imposibilitar cualquier tipo de represalia⁵.

RESPUESTA FLEXIBLE

Durante esta etapa, Washington y Moscú mantuvieron un estado de alerta continuo que posibilitaba tanto el lanzamiento de un ataque nuclear preventivo como el estallido de una guerra por error. Ello coincidió con el aumento del número y poder destructivo de sus arsenales, el lento desarrollo de las defensas antimisil, el temor que despertaba un ataque nuclear por error y la publicación de los primeros estudios científicos sobre los efectos que tendría para la humanidad una guerra nuclear total. Todos estos factores mediaron para que los estrategias militares y las elites políticas de ambas potencias constataran que el empleo de estos ingenios debía restringirse a casos realmente excepcionales pero que la amenaza debía ser creíble. Fue así como la disuasión se convirtió en el factor que marcaría la relación entre ambas superpotencias y la condición necesaria pero no suficiente del largo periodo de paz que se vivió durante la guerra fría⁶.

Estos elementos comportaron la introducción de la respuesta flexible. Planteada por el general Maxwell D. Taylor para superar la represalia masiva, esta doctrina fue instaurada en 1961 por el Presidente John F. Kennedy y mantuvo su vigencia hasta el fin de la guerra fría con pequeños cambios debidos al descarte de los objetivos blandos en las acciones de

represalia (*no-ciudades*); la limitación de los arsenales nucleares hasta niveles racionales (*suficiencia*) y la codificación del empleo limitado de armamento nuclear (*opciones selectivas*).

La respuesta flexible se fundamenta en la posesión de una amplia gama de respuestas que, proporcionadas a la agresión sufrida, permitan controlar la escalada. La adopción de esta doctrina no sólo ofrecía al presidente de Estados Unidos varias opciones de respuesta militar; sino que permitía una escalada graduada que superaba el automatismo implícito de la represalia masiva. Planeada específicamente para desvincular la defensa norteamericana de la seguridad europea y posibilitar una guerra nuclear limitada entre la Alianza Atlántica y el Pacto de Varsovia en este teatro de operaciones, la plasmación de la represalia flexible requería realizar tres cambios en la estrategia estadounidense: un rearme convencional que permitiera retrasar el umbral nuclear; integrar en los planes de contingencia armas nucleares tácticas para multiplicar el poder de las fuerzas convencionales sin incrementar el coste financiero de la defensa; y desarrollar una tríada nuclear que proporcionara múltiples opciones de respuesta y reforzara la disuasión.

El desarrollo de esta estrategia coincidió con el comienzo de un clima de distensión entre ambas superpotencias que facilitó el reestablecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países y condujo a los primeros acuerdos de regulación del armamento nuclear y de sus vectores de lanzamiento.

La configuración de la represalia masiva y su sustitución por la respuesta flexible ocurrían en paralelo al aumento del arsenal nuclear de ambas potencias. Este incremento en el número y potencial destructivo de los artefactos atómicos planteaba una nueva incógnita, puesto que la estrategia más plausible para combatir y triunfar en un conflicto nuclear pasaba por realizar un ataque preventivo con todo el arsenal nuclear





con la esperanza de destruir las fuerzas del adversario y así imposibilitar cualquier contraataque. En consecuencia, los blancos más rentables para un ataque de estas características no serían objetivos blandos como las industrias o las ciudades del adversario, sino sus silos de misiles y sus bases de bombarderos.

Inicialmente, ambas potencias intentaron proteger sus fuerzas nucleares —acorazando los silos subterráneos, protegiendo los hangares y dispersando los arsenales— contra un primer golpe enemigo y garantizar su capacidad de contraataque. Sin embargo, estas medidas pasivas proporcionaban una limitada solución porque tenían un escaso poder disuasorio. La clave radicaba en alcanzar una situación que garantizara la capacidad de respuesta nuclear y convirtiera en improbable e irracional cualquier ataque preventivo. En otras palabras, el objetivo era que ninguna de ambas superpotencias gozara de ventaja para lanzar un ataque nuclear y, así, lograr una situación de conflicto estable.

La solución a este problema se concretó en el desarrollo de una capacidad de respuesta efectiva mediante el incremento y dispersión de los arsenales para evitar que un ataque preventivo destruyera toda la fuerza nuclear; el desarrollo de mecanismos de represalia instantánea —*lanzamiento en alerta y lanzamiento en ataque*— para iniciar el contraataque antes de que los misiles enemigos alcanzaran sus objetivos; y la construcción de nuevos vectores capaces de transportar el arma nuclear. Y para plasmar la capacidad de contragolpe, todas las fuerzas que hubieran sobrevivido al primer ataque, más los

elementos específicamente orientados para realizar esta labor como los SLBM, procederían a la represalia mediante un ataque contra-valor orientado a la destrucción de los centros económicos, políticos y de población enemigos.

Aunque en un plano práctico este escenario posiblemente no se habría concretado, desde una perspectiva teórica las fuerzas de contragolpe garantizaban la estabilidad de la disuasión y permitían a Estados Unidos —y también a la Alianza Atlántica— mantener la declaración de no ser el primer país en cruzar el umbral nuclear en caso de conflicto⁷.



DISUASIÓN MUTUA

Cuando los arsenales nucleares de ambas superpotencias alcanzaron la paridad; sus fuerzas nucleares se organizaron en una tríada que garantizaba la capacidad de contragolpe y la disuasión unilateral dejó paso a la disuasión mutua, se alcanzó un punto de equilibrio estratégico basado en la Destrucción Mutua Asegurada (MAD). Según esta situación, un hipotético conflicto nuclear total comportaría, inevitablemente, la destrucción –estimada en un 50-70% del tejido industrial y un 33-40% de la población– de ambos continen-

misiles atacantes, cambios en las estrategias de empleo de las armas nucleares, o doctrinas militares que posibilitaran el logro de los objetivos estratégicos sin provocar un conflicto nuclear generalizado. Sin embargo, ninguna de estas iniciativas consiguió superar la MAD, que mantuvo intacto su capacidad disuasoria hasta la caída del imperio soviético.

El primero de los intentos para superar el equilibrio del terror tuvo lugar en Europa. Y es que después de vincular la seguridad europea al paraguas nuclear americano, la Alianza Atlántica adoptó la *defensa adelantada* (1955) para ga-



dientes. Este equilibrio del terror disuadiría a las superpotencias de iniciar una guerra nuclear, puesto que ni Washington ni Moscú serían tan irracionales como para lanzar un ataque preventivo sabiendo que ellos también serían destruidos.

Aunque efectiva para garantizar la disuasión mutua y mantener la estabilidad global, la MAD no satisfacía a ninguna de las dos superpotencias; por lo que desde el primer instante buscaron erosionar dicha doctrina mediante iniciativas como la construcción de escudos antimisiles que protegieran el territorio nacional frente a los

garantizar la defensa del territorio alemán frente a un ataque del Pacto de Varsovia, y la complementó con la *respuesta flexible* (1967) para ampliar la credibilidad de la disuasión y limitar el impacto que podría tener para Estados Unidos una guerra en Europa. Esta se basaba en tres opciones en escalada: (1) defensa directa convencional, que requería que la Alianza Atlántica se dotara de fuerzas convencionales en número y calidad suficiente como para oponer cierta resistencia en las regiones avanzadas; (2) escalada deliberada mediante el uso de armas nuclea-

res tácticas para multiplicar el poder de las fuerzas convencionales y como advertencia al Pacto de Varsovia del riesgo de escalada hacia una guerra nuclear total; y (3) respuesta generalizada, que comportaría el empleo de las fuerzas nucleares estratégicas anglo-americanas y abriría paso a una guerra total.

Sin embargo, esta estrategia no complacía ni a Europa ni a Estados Unidos, que temían tanto la devastación que provocaría una guerra en suelo europeo como los efectos de una escalada nuclear. Por esta razón, desde finales de la década de 1960 la Alianza intentó adaptar su estructura de fuerzas a un campo de batalla convencional y aparcar, en la medida de lo posible, la posibilidad de un conflicto nuclear.

Por su lado, la Unión Soviética también intentó superar este callejón sin salida donde una acción limitada en Europa podría provocar una escalada bélica de consecuencias imprevisibles. Por esta razón, los esfuerzos de Moscú se centraron en elaborar planes de operaciones que permitieran al Pacto de Varsovia tomar posiciones estratégicas en suelo aliado antes de que la Alianza Atlántica pudiera responder con armamento nuclear; o que limitaran el impacto de un conflicto localizado en Europa y explotaran el temor estadounidense de verse envueltos en una guerra nuclear total por una crisis europea.

NUEVAS INICIATIVAS

La primera de estas iniciativas arrancó cuando, a finales de la década de 1970, la Unión Soviética planteó una arriesgada estrategia para permitir que el Pacto de Varsovia invadiera Europa sin que la OTAN pudiera responder con armamento nuclear. Ello se lograría mediante grandes ofensivas convencionales que deberían penetrar rápida y profundamente en el territorio aliado, lo que neutralizaría la opción nuclear y brindaría a Moscú una indiscutible victoria estratégica.

Este planteamiento minaba tanto la escalada bélica como la disuasión nuclear, pilares de la estrategia aliada para mantener el *statu quo* en Europa. Ante esta situación, la OTAN propuso incrementar sus fuerzas convencionales y modificar su doctrina nuclear –sustituyendo el principio de no ser la primera en cruzar el umbral nuclear por no traspasarlo de manera precipitada– para así incrementar su capacidad de disuasión y dificultar una escalada bélica. Estas decisiones originaron importantes debates acerca de la posibilidad de aprovechar el potencial tecnológico occidental para equilibrar la superioridad cuantitativa del Pacto de Varsovia sin recurrir al arma nuclear; sentaron las bases del *Plan Rogers*, un ambicioso proyecto para incrementar



y modernizar los medios convencionales aliados; y desembocaron en la doctrina de ataque a los segundos escalones (*Follow-On Forces Attack*) para batir las fuerzas de apoyo del Pacto de Varsovia en un conflicto convencional.

La segunda de las iniciativas para superar el estancamiento estratégico provocado por la MAD arrancó en 1979, cuando la Unión Soviética desplegó en su frontera occidental Misiles Balísticos de Alcance Intermedio RT-21M, capaces de batir cualquier punto del continente europeo. Basada en el supuesto de que Washington no intervendría por temor a una escalada militar y en la fuerza del movimiento pacifista para impedir cualquier respuesta aliada, esta arriesgada maniobra pretendía expandir la influencia de Moscú en Europa Occidental. Ello paralizó a la Alianza, que no podía ofrecer ninguna réplica creíble a este desafío porque su estrategia todavía se basaba en el paraguas nuclear estadounidense. En consecuencia, mientras esta se debatía sobre cómo responder a esta provocación, Washington desplegaba en suelo europeo sus misiles Pershing II armados con ojivas nucleares, lo que provocó enormes protestas pacifistas y antinucleares en todo el continente. La crisis de los *euromisiles* finalizó en 1987, cuando Estados Unidos y la Unión Soviética retiraron sus misiles y firmaron el *Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio*, que proponía la eliminación total de este tipo de armas.

El tercer intento para superar la MAD se produjo en 1980, cuando el Presidente Jimmy Carter presentó la doctrina de opciones selectivas. Concebida por el Secretario de Defensa James Schlesinger en 1974 para refinar el equilibrio del terror, esta estrategia pretendía eludir la contradicción de amenazar con armas nucleares en un escenario de paridad nuclear y Destrucción Mutua Asegurada. La doctrina trazaba la posibilidad de mantener un conflicto nuclear limitado que no escalara hacia una guerra nuclear total mediante la conducción de ataques nucleares limitados –como prevención o respuesta a una agresión soviética– contra los centros de poder y las fuerzas militares enemigas. Encaminada a recuperar la dialéctica de la disuasión, la doctrina de las opciones selectivas pretendía garantizar la credibilidad de la amenaza estadounidense y lograr, en caso de conflicto, la rendición de la Unión Soviética para no exponerse a su hipotética destrucción. En otras palabras, las opciones selectivas eran la clave para triunfar en una guerra nuclear manteniendo, en última instancia, la MAD.

Para ser viable, esta doctrina requería la elaboración de un catálogo de opciones de respuesta nuclear limitada y la adquisición de vectores capaces de conducir ataques contra-fuerza

de precisión⁸. Durante la presidencia de Ronald Reagan (1981-89) se plasmaron en el establecimiento de la Selección de Objetivos para el Empleo de Armas Nucleares (NUTS), la entrada en servicio de nuevos sistemas de armas (el ICBM *Peacekeeper*, el SLBM *Trident*, el misil de crucero *Tomahawk* o el bombardero *B-1 Lancer*) y el impulso a la Iniciativa de Defensa Estratégica, un ambicioso sistema de defensa antimisil que prometía salvaguardar el territorio estadounidense frente a cualquier ataque enemigo, alterando así el equilibrio del terror y reforzando la doctrina de las opciones selectivas. Estos principios constituirían el último aporte a la dialéctica atómica y guiarían la estrategia nuclear estadounidense hasta el fin de la guerra fría.

CAE EL TELÓN DE ACERO. CONTROL NUCLEAR

Con la caída del Telón de Acero desapareció el riesgo de una guerra global entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Ello comportó grandes reducciones y nuevos controles en los arsenales nucleares de las principales potencias con el fin de satisfacer los *dividendos de la paz*, fomentar la confianza entre los antiguos adversarios, reducir la incertidumbre estratégica e incrementar la estabilidad global.

En esta coyuntura, la teoría nuclear fue paulatinamente arrinconada del análisis estratégico internacional y la disuasión mínima –o la posesión de una capacidad de contragolpe suficiente como para ocasionar un daño inaceptable al agresor– se impuso entre las doctrinas nucleares de los países que mantenían unos niveles de fuerza superiores a los necesarios para garantizar este nivel de disuasión. No obstante, los mayores temores de la comunidad internacional no se relacionaban con la disuasión, sino con la dispersión del arsenal soviético (repartido entre Rusia, Ucrania, Kazajistán y Bielorrusia), su control (para evitar fugas de científicos, materiales fisibles u ojivas), su seguridad (se temía que pudieran producirse detonaciones accidentales, no autorizadas o intencionales) y nuevos indicios de proliferación nuclear (lo que ponía en duda el régimen internacional de no-prolifерación y acababa con la esperanza de la comunidad internacional de lograr un mundo más pacífico, seguro y libre de armas nucleares)⁹.

A mediados de la década de 1990, el arsenal nuclear soviético volvió a manos rusas, los materiales fisibles, la tecnología y los conocimientos científicos fueron puestos bajo control y la seguridad nuclear rusa experimentó una notable mejoría. Sin embargo, el deterioro del régimen de proliferación nuclear ya era una realidad: Pakistán estaba a punto de obtener el arma atómica y Corea del Norte e Irán estaban desa-

rollando sendos programas nucleares para uso militar. Aunque estos cambios en el entorno de seguridad no comportaron ningún cambio significativo en la teoría nuclear, sí que popularizaron los debates acerca de la miniaturización de los ingenios nucleares tácticos para batir objetivos altamente protegidos, la conveniencia de desarrollar escudos antimisiles para garantizar la protección frente ataques con misiles o la conveniencia de progresar en la reducción de los arsenales nucleares de ambas potencias.

¿VUELTA A LA PROLIFERACIÓN?

Desde el cambio de siglo se han sucedido varios hechos que, con toda probabilidad, darán lugar a un entorno nuclear más complejo y motivarán enormes cambios en la doctrina, teoría, estrategia y disuasión nuclear¹⁰, siendo los más destacables:

– El desarrollo de la Defensa de Misiles Balísticos estadounidense, su retirada del Tratado ABM y su final renuncia a desplegar dicho sistema cerca de la frontera rusa.

– Los esfuerzos de la OTAN por dotarse de un sistema antimisil análogo al estadounidense.

– El progresivo deterioro del régimen internacional de no-prolifерación motivado por el acceso de nuevos países al selecto club atómico.

– La dificultad para controlar la transferencia de tecnologías nucleares o de doble uso.

– El tradicional esfuerzo de Irán –aunque las acciones del flamante presidente Hassan Rouhani podrían limitar esta determinación– por dotarse de ingenios nucleares y la prospectiva de un entorno de disuasión multipolar en Oriente Medio.

– El temor de que un actor no-estatal acceda al arma atómica y la imposibilidad de mantener la disuasión nuclear tradicional para hacer frente a esta amenaza.

La configuración de este nuevo escenario nuclear ha coincidido con la firma del nuevo *Tratado para la Reducción de Armas Estratégicas* (START)

que tiene como fin disminuir el tamaño de los arsenales estratégicos de las dos grandes potencias atómicas y mantener su statu quo presente y futuro. Sin embargo, tras esta norma se esconden dos grandes visiones contrapuestas sobre el valor de los regímenes internacionales, la utilidad del arma nuclear y la naturaleza de la disuasión. Por un lado, la estadounidense y occidental se fundamenta en unos cuestionados regímenes internacionales y concibe la reducción del armamento atómico como un medio para incrementar la estabilidad internacional, prima la disuasión estratégica convencional y desvirtúa la disuasión al concebir el arma nuclear como una herramienta de último recurso. Por el contrario, la visión rusa y no-occidental relativiza el valor de estos tratados, aprecia el valor del arma atómica como garante de la estabilidad internacional, integra los ingenios tácticos y estratégicos en sus planes operativos y mantiene una disuasión fuerte al sostener que cualquier ataque convencional masivo podrá responderse con armamento nuclear.

En conclusión, en los próximos años es probable que asistamos al progresivo deterioro del régimen internacional de no-prolifерación, la emergencia de nuevos poderes nucleares y el surgimiento de un entorno de disuasión multipolar. Para las potencias atómicas, esta nueva situación podría comportar la revisión de sus doctrinas nucleares, la redefinición de la disuasión y la revitalización de la teoría y la estrategia nuclear. Y para los países no-nucleares –recuérdese que España se adhirió al Tratado de No-Prolifерación (TNP) en 1987– este hipotético escenario marcado por el surgimiento de nuevas potencias nucleares y la declaración de algunos países de responder con ingenios atómicos a ataques convencionales o cibernéticos contraviniendo el TNP, podrá incrementar su dilema de seguridad, forzado a la vez una reevaluación de su espacio estratégico, su política de alianzas y su compromiso de no desarrollar el arma nuclear. Esperemos que este escenario futuro nunca llegue a producirse ■

¹Estas teorías se fundamentaban en el potencial de los bombarderos estratégicos para adentrarse tras las líneas enemigas y destruir sus centros de poder económico, político, civil o industrial con el fin de minar la moral de la población, paralizar la sociedad y forzar la rendición del adversario sin requerir una larga y costosa campaña militar.

²No obstante, mientras Bernard Brodie asumía que la letalidad del arma atómica y la inexistencia de una defensa eficaz frente a un ataque de este tipo imposibilitaban su empleo militar porque sería imposible triunfar en una guerra nuclear; William Borden consideraba lo contrario. Éste creía que el arma atómica proporcionaba una ventaja decisiva sobre el adversario, por lo que ésta debía utilizarse sin restricciones para contribuir a la victoria total sobre el adversario. Esta inicial dicotomía entre la disuasión nuclear y el empleo del arma atómica fundamentarán la evolución de la estrategia nuclear hasta nuestros días.

³FREEDMAN, Lawrence (1981): *The Evolution of Nuclear*

Strategy, Londres: Palgrave MacMillan.

⁴KISSINGER, Henry (1957): *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, Nueva York: Harper & Collins.

⁵BAYLIS, John y GARNETT, John (1992): *Makers of Nuclear Strategy*, Londres: Palgrave Macmillan.

⁶NOLAN, Janne (1989): *Guardians of the Arsenal: The Politics of Nuclear Strategy*, Nueva York: Basic Books.

⁷JERVIS, Robert (1984): *The Illogic of American Nuclear Strategy*, Ithaca: Cornell University Press.

⁸KAGAN, Frederick (2006): *Finding the Target*, Nueva York: Encounter Books.

⁹BAYLIS, John y O'NEILL, Robert (1999): *Alternative Nuclear Futures: The Role of Nuclear Weapons in the Post-Cold War World*, Oxford, Oxford University Press.

¹⁰SAGAN, Scott y WALTZ, Kenneth (2002): *The Spread of Nuclear Weapons: a Debate Renewed*, Nueva York: Norton & Company.